

III.

EL EJÉRCITO IMPERIAL EN ROMA.

Los abusos, desmanes, muertes y robos llevados á cabo por las tropas del Emperador en Roma no merecen sino reprobación completa; y desde luego se advierte en ellos el espíritu fanático, apasionado y sectario de la herejía. Y aunque ciertamente fueron abultados por los enemigos del Emperador y poéticamente exagerados, no hay duda sinó que se deben titular crueles y hasta inhumanos. El Emperador, escribiendo al Rey de Portugal, expone sus trabajos y buenos oficios en defensa de la religión y del Papa, y cómo en cambio no le correspondieron sino con intentar arrebatarle sus estados de Italia y principalmente el reino de Nápoles. Para lo cual se le declaró la guerra que hubo de admitir á la fuerza por defender sus derechos y su honor. Añadía, entre otras cosas, que su ejército, sin tomar su parecer, emprendió la vía de Roma y que, á despecho de los capitanes, la continuaron hasta apoderarse de la Ciudad Santa, donde «hicieron el insulto que habeis oido, aunque á la verdad no fué tan grande como nuestros enemigos han sembrado.»¹

¹ Vease lo sustancial de esta carta en Sandoval, *Historia del Emperador*, lib XVI, párrafo 9. Hállase además publicada al pie de la letra en las *Memorias* de R. Villa, pág. 254 y siguientes. Hé aquí el párrafo de ella á que con otros me refiero. «Y como á la sazón el Papa tenia ocupada parte de nuestro reino de Nápoles, acuerda (acordó) nuestro exercito sin tomar nuestro parecer sobre ello de socorrer aquella parte dó el peligro era más evidente, y como tomase la vía de Roma, el Papa, temiendo su venida hizo con nuestro Visorey de Nápoles una tregua con tales condiciones que mostraba bien la mala voluntad que nos tenía. Pero nos por mostrarle quanto era la nuestra á la suya contraria, quesimos antes aceptarla con verguenza nuestra que no esperar la justa venganza que casi teníamos ya en las manos; pero antes que nuestra rectificación llegase, nuestro ejército temiendo en esta tregua el engaño que había habido en la de D. Ugo, a despecho de los capitanes, quisieron seguir su camino hasta Roma donde hicieron el insulto que habeis oido, aunque á la verdad no fué tan grande como nuestros enemigos han sembrado.»

El atropello, de todos modos, no fué pequeño, y singularmente lo hicieron mayor y más horrendo los herejes alemanes con harta cooperación de los españoles, italianos y demás que constituían aquel formidable ejército de Carlos V.

El Marqués de Alarcón en instrucción particular que dirigía en Junio de 1527 al Comendador Gomez Xuárez para Carlos V, decía así: «En lo de los alemanes ya, Señor, habéis visto en lo que han estado y están...y con todo esto no ha vastado ni vasta á quitarse de su motin ni de servir á Su Majestad cesárea, como es razón y lo acostumbran á hacer, ántes han determinado la ruina de la autoridad de Su Majestad y la pérdida del ducado de Milan y la destrucción de Roma, todos los otros males que han podido ó pueden hacer, que ha sido y es de ver una de las más crueles cosas del mundo...»¹ El secretario Pérez escribía asimismo con fecha 10 de Julio del mismo año al Emperador en estos términos: «Los alemanes han tentado de querer llevar al Papa consigo, y comenzáronse á amotinar y pedir paga, y viendo esto los españoles, también comenzaron otro motín diciendo que los alemanes tenían razón de querer ser pagados, y que ellos querían serlo también, *mas que no habían de consentir que los alemanes llevasen al Papa, así porque no era servicio de Dios, como porque no convenía al servicio y abtoridad de Vuestra Majestad*; y el príncipe de Orange y D. Hugo y Alarcón y el Abad de Nágera y Juan de Urbina han entendido entre ambas naciones... no sé en lo que concluirán, *que los alemanes muy puestos están en decir que quieren al Papa y Cardenales...*»² Igualmente el mismo Pérez decía á Carlos V pocos días después estas palabras: «Los alemanes se amotinaron con el príncipe de Orange, porque era pasado el tiempo en que se obligó de pagallos, y fueron á su posada, y el Príncipe fué avisado y salióse della un poco ántes; y como no le hallaron saqueáronle la posada,

¹ Vease esta relación del citado Marqués al dicho Comendador en las *Memorias* de R. Villa, pág. 229 y siguientes.

² *Memorias*, pág. 234; papeles del Sr. Gayangos. ¿Quién duda, sinó que el célebre saqueo iba dirigido en la mente herética de muchos, más que á las riquezas, á concluir con la Iglesia católica decapitándola, si fuera posible, en el Papa, en los Cardenales y en el culto divino?

aunque según dicen fué en poca cantidad... Y después deste motín se amotinaron los españoles... *pero como es gente más llegada á razón están apaciguados...*¹.

Con fecha 24 de Setiembre del 1527, escribía el dicho secretario al invicto César de esta manera: «... Si lo que Dios no quiera, aquí volviesen los alemanes, sería de todo punto destruida Roma, porque sería forzado venir toda la gente, y no dexarian piedra sobre piedra... toda Roma está con grande temor de la venida de los lanzqueneques... y vienen determinados á no salir de aquí sin que les paguen, y dixeron á un español que les rogaba que no viniesen, que ellos vernien y *porrien fuego á Roma, ó la venderian á venecianos... los españoles aun no se sabe que vengan... creese que si vienen harán estar sobre si á los alemanes*, pero con todo esto está Roma con grandísimo temor...»². Entraron con efecto los alemanes de nuevo en Roma á 25 del dicho mes de Setiembre; y luego que llegaron «anduvieron amenazando de irse y aun de saquear y quemar á Roma»³. Ni se les pudo acallar, sino concediéndoles como en rehenes el mismo Papa Clemente al datario de Su Santidad Obispo de Verona, al Obispo de Pistoia, el Arzobispo Sepontino, al de

¹ Consta esta carta en la Col. Sal. *Memorias*, pág. 245. Su fecha es del 11 de Julio del propio año. Apaciguábanse más fácilmente los españoles amotinados que los alemanes, porque no estaban emponzoñados con el veneno de la secta luterana, y cuantas veces intentaba la pravedad herética apoderarse del Papa, fin oculto y principal suyo en el saqueo, no lo llevaban bien, ni lo querían consentir los tercios españoles, como lo enseñan los documentos que se van viendo.

² *Memorias*, pág. 269. Col. Sal. A. 41.

³ Carta del secretario Pérez á Carlos V, de 12 de Octubre del mismo año. *Memorias*, pág. 288 y siguientes. Alemanes heterodoxos, capitaneados por el tirolés famoso Jorge Friendsberg, que juraba por el glorioso saqueo de Florencia y Roma, ostentando á gritos desahorados el roncal de seda y oro con que había de ahorcar á los cardenales y *al último de los Papas*, ¿qué habían de procurar, sino poner fuego y arrasas para siempre á la metrópoli del catolicismo, cabeza de donde recibe savia y vida el cuerpo todo de la verdadera Iglesia de Dios que es la romana. Véase César Cantu, tom. V, pág. 79; Madrid, 1890: el cual, aunque disparatando á veces sobre este punto, deja traslucir la verdad que se acaba de apuntar.

Pisa, y Jacobo Salviati con su yerno el hermano del Cardenal Redolfo, todos los cuales hubieron de sufrir en manos de aquella gente heterodoxa y desalmada trabajos y humillaciones sin cuento. Con efecto, según la susodicha carta de Pérez, los soldados alemanes fuéronse en 8 de Octubre insubordinados á casa del Cardenal Colonna quien «cuando los vió venir así furiosos, temió que venían á él y no supo que hacer, sino ponerse al escalera y hablarles bien... y así se salieron y después traxeron los hostages de dos en dos, como digo, el Datario y Obispo de Pistoia en una cadena, y los Arzobispos Sepontino y Pisa en otra, y así los tuvieron hasta la noche. No sé agora si se las han quitado para dormir... digo que los alemanes nunca han querido quitar los hierros á los hostages, y *aunque Alarcon lo envió á decir y rogar á los capitanes y gelo dixo él mismo que gelos quitasen poniendoles delante quan mal hecho era, y que iban contra la promesa... no ha aprovechado nada...* y aun dicenme que los que les hacen la guardia los tratan muy mal. *Para el Sabado está concertado que irán tres ó quatro capitanes españoles á rogar á esta gente que quiten los hierros á los hostages y los traten bien...* Dios quiera que se acabe con ellos que según están desabridos y mal contentos habran bien que hacer.¹»

Esta manera y á cada paso se desmandaban con amenazas y motines en Roma las tropas alemanas: por donde aparece como indudable que andaban inspiradas por el espíritu no solamente de avaricia sino también de su maldecida secta luterana. Y así, según testimonio del susodicho secretario Pérez, á fines de Noviembre cometieron nuevos atropellos de insubordinación y crueldad. Dice así aquel secretario escribiendo á su Señor:

«...hoy que son veinte y ocho (los alemanes) sacaron los hostages de casa del Cardenal Coluna y los llevaron, así encadenados como están, á la plaza de Campo de Flor y los pusieron junto con la horca, y por que los volviesen á casa del Cardenal les prometieron que mañana en todo el dia serian pagados, y así los volvieron. Los capitanes alemanes han huido de

¹ *Memorias*, pág. 288 y siguientes. Papeles del Sr. Gayangos.

entre su gente y se han pasado con los españoles y los mas dellos están en la posada de Juan de Urbina... el Cardenal Coluna no tiene mas mano sobre ellos, y los da al diablo... los capitanes, que digo que prendieron los soltaron luego, pero dicenme que ambos fueron heridos...»¹ Si de tal manera procedían aquellas gentes heterodoxas en días de paz, ¿qué no habrán hecho durante el asalto de la Ciudad Santa, y sobre todo si, como es de suponer, se veían azuzados é impelidos por judíos y sectarios enemigos irreconciliables del Papa y de la religión católica? Así se comprende bien lo que apunta Pallavicino, cuando refiere lo extremo de la crueldad en el robar y saquear entonces la Ciudad Eterna. Y añade que algún jefe principal de entre los alemanes, vino á Roma asalariando tropas con su mismo patrimonio, por presenciar tamaña barbarie y gozarse en la destrucción de la Sede Pontificia².

De la tardanza en dar al Papa libertad después del saco, infieren algunos que Carlos V debió haber comunicado órdenes para que se efectuase aquella triste y memorable jornada contra la Santa Ciudad. Mas si bien se pesan y consideran los testimonios contemporáneos y documentos últimamente sacados á luz, no hay duda que el Emperador, no solamente deploró tan inesperados y dolorosos acaecimientos, sino que habido conocimiento de ellos, mandó al instante dar satisfacción al Vicario de Jesucristo y ponerlo en libertad. D. Hugo de Moncada, escribiendo por el mes de Diciembre de 1527 á Carlos V, decía así:

¹ Véase esta larga carta de Pérez al Emperador fechada en último de Noviembre, en las *Memorias*, pág. 303. Papeles del Sr. Gayangos.

² «Fué tal la crueldad, que hubiera sido una barbarie hasta en la capital de los turcos tomada por asalto. Sin embargo, Fronsperg no gozó de este espectáculo, apesar de haber venido de Alemania solo por gozar de él, de haber consumido su patrimonio por asalariar las tropas que conducía, y de llevar sobre el pecho un dogal dorado que destinaba impiamente para la garganta del Pontífice.»—Pallavicino. *Historia del Concilio de Trento*. Tom. I, pág. 365: edición ya citada. Sabido es que Fronsperg, loco fanático, se vió atacado por una parálisis que le obligó á retirarse con su dogal antes de llegar á Roma. El Duque de Borbón llegó, pero tampoco entró. Contra Dios ¡nada pueden los intentos vanos de los hombres!

«El general de San Francisco y el Sr. de Vere fueron á Roma á tratar con el Papa conforme á las instrucciones de Vuestra Majestad y á las letras que mandó escribir al Virrey que Dios haya en su gloria, el qual no pudo entender en la negociacion por hallarse á la sazón tan agravado de su dolencia que murió dentro de dos ó tres días. Y como los dichos general y Vere vinieron á mí, visto lo que Vuestra Majestad ordenaba al dicho Virrey, me pareció que conforme á ello pusiesen mano á negociarlo y así fueron á Roma, y como el Papa estaba en poder del exercito y por el exercito le tenía Alarcon en el Castillo de Sanct Angelo, no pudiendo libertar á Su Santidad tan presto como Vuestra Majestad lo mandaba, por que antes que esto se efectuase era necesario que fuese satisfecho enteramente el exercito, y digo necesario, por que la gente lo ha querido así, specialmente que la principal causa que les movió á venir á Roma fué con presupuesto de haber allí todo lo que se les debía...»¹

Añade más aún en la misma carta D. Hugo en orden á la voluntad del Emperador, que el Papa fuese puesto en libertad diciendo: «Pero visto que las cosas de Italia no estaban entonces como estan agora en muy diferentes terminos de lo que Vuestra Majestad pensaria quando hizo aquel despacho... dixe

¹ Tiene esta carta la fecha del 14 Diciembre del dicho año. *Memorias*, pág. 329 y sig. Papeles del Sr. Gayangos. La carta sigue diciendo, como luego se apunta, que la orden para libertar al Papa, fué mandada ó dirigida al Virey y que éste debía antes haber seguridades y palabra de Su Santidad que no perjudicaría los intereses del Emperador cuando se viese libre; que el Virey no pudo entender en el grave negocio por causa de enfermedad que le costó la vida; que esto dió lugar á juntas y nuevas consultas; que Carlos V mandaba sacar el ejército de la Ciudad y llevarlo á Lombardía, cosa, si no imposible, pero sí difícilísima, y que no saliendo las tropas de Roma nadie consideraría libre á Su Santidad, y sobre todo ello añade: «hubo en Roma diversas opiniones entre los que entendían en los negocios de Vuestra Majestad que por una parte había causas para consultar con Vuestra Majestad antes de poner al Papa en libertad por el daño que siendo libre podrá hacer, y por otra el exercito se ruinaba cada dia mas no siendo pagado...» No quiso, pues, el Emperador sino pronta libertad para el Papa, que no le dieron los temores, las circunstancias, la muerte del Virey, los recelos de los negociantes y las peripecias de la política y la guerra.

que de mi voto se debían de tener dos consideraciones principales. La primera lo que Vuestra Majestad mandaba: que antes de poner al Papa en libertad se tomasen de Su Santidad las seguridades que de fuerzas temporales se pudiesen haber humanamente, á fin de que Vuestra Majestad no quedase engañado, y que fuesen tales, que aunque al Papa quedase voluntad de hazer mal le faltase el poder para ello: y la otra el exercito de Vuestra Majestad fuese remediado talmente que pudiese ir sin dilación á socorrer lo de Lombardia; y que efectuandose estas dos cosas, como era menester nadie dexaria de concurrir en la liberacion del Papa, *principalmente porque Vuestra Majestad lo queria y mandaba, en que ha hecho como muy catholico principe y como quien Vuestra Majestad es, anteponiendo el respeto, temor y acatamiento de Dios á sus particulares intereses*; pero que no habiendose de seguir los dichos efectos se debia mucho pensar si convenia al servicio de Vuestra Majestad poner al Papa en libertad, mayormente en esta coyuntura, no teniendo nosotros orden expreso dello ni siendo nuestra autoridad tan bastante como la del Visorrey...»¹ Resulta bien claro del anterior documento que Carlos V quiso desde luego dejar al Papa en completa libertad; que al efecto envió sus órdenes al Virey de Nápoles, quien no pudiéndolas recibir, ni mucho menos ejecutar por hallarse en gravísimo estado de la enfermedad que le llevó al sepulcro, cayeron en manos de D. Hugo y de los capitanes del ejército imperial, los cuales hallando dificultades en su inmediata ejecución, lo fueron dilatando hasta que les pareció no

¹ La misma carta de D. Hugo arriba citada y escrita desde Nápoles al Emperador. Demás de los documentos que se van viendo sobre la voluntad de D. Carlos V pronta y eficaz de que el Papa fuese libre de la prisión donde dichosa y providencialmente le guardaban y defendían los capitanes católicos españoles, fácil sería traer aún nuevos y contemporáneos testimonios de aquella verdad. Citaremos siquiera uno de ellos para mayor abundamiento de razón y prueba. Y sea la autoridad de Juan A. Viperano que, en su discurso fúnebre en otras partes ya citado, añade: que el Emperador mandó en seguida á los suyos poner en libertad al augusto prisionero de Santo Angelo y sacar de Roma al ejército invasor. «Et mandata, dice, ad suos dedit, ut omnibus modis ex urbe milites educerent.» Io. Antoni Viperani Laudationes Perusiæ, 1570.

haber inconvenientes, ni temores al servicio del Emperador dejando libre á Su Santidad.

Este mismo pensamiento confirma y declara el citado historiador Pallavicino, como si previamente y antes de escribir su *Historia del Concilio de Trento* hubiera visto los mandatos imperiales de dar libertad al Sumo Pontífice. Asegura muy sin dudar que los capitanes del Emperador no interpretaron, ni llevaron á cabo como debieran las órdenes recibidas del César español¹. Mas si se atienden las razones indicadas por Moncada en su carta á Carlos V, fecha 14 de Diciembre de 1527, los capitanes, y él mismo, de buena gana hubieran dejado libre á Su Santidad tan pronto como el Emperador deseaba; pero hallaron al parecer graves inconvenientes por parte del ejército, singularmente entre los luteranos, á cada paso amotinados y amenazadores, como se ha visto. Y por ventura tuvieron demasiado recelo y poca confianza en la palabra de Clemente VII, que no se iría con los enemigos imperiales para tomar represalias y venganza de quienes habían saqueado la Ciudad Santa². Pero sea como quiera, se muestra claro, por lo arriba transcrito, que el humilde autor de la NUEVA LUZ no defendió allí, como escribió alguno, á Carlos V por amor de regalismo, que detesta, sinó fundado en los documentos y en la verdad de la historia. Y hasta en los preliminares de la paz entre el Papa

¹ Léanse aquí las palabras de tan celebrado historiador «*Ordenó á sus capitanes que pusiesen en libertad al Pontífice*; pero de modo que se contentase al ejército pagándole lo que se le debía, y que se asegurasen de no serle perjudicial semejante indulgencia... pero los capitanes del Emperador con más sutileza que humanidad, interpretaron y ejecutaron *muy de otro modo* estas órdenes del César. Así es que retuvieron al Papa en cautiverio durante muchos meses, y no consintieron libertarle sinó á fuerza de oro, y después de recibir como rehenes de la paz muchas fortalezas» *Historia del Concilio de Trento*, tomo I, libro 2.^o, cap. XIV, pág. 362.

² El mismo Viperano confirma en su oración fúnebre las dificultades que se ofrecieron para libertar al Papa de su cautiverio, diciendo que no valieron discursos; ni hubo fuerza humana capaz de arrojar de la Ciudad Santa á los soldados ávidos de botín y riqueza. «*Quos tamen, escribe, á præda nullius oratio aut vis poterat amovere.*» *Laudationes tres habitæ Messanæ..... 1570.*

y Carlos V se hizo constar, como cosa corriente por ambas partes, que el Emperador hubo noticia con el más profundo sentimiento de cuantos desmanes y ultrajes se infirieron entonces al Romano Pontífice y á la Ciudad Eterna por aquel ejército insubordinado, sin ley y sin freno de ninguna especie.

Y añadióse aún más, conviene á saber; que tanto aquella jornada, como el asalto y saco de Roma fué por desgracia llevado á cabo, no sólo ignorándolo de todo punto el Emperador, sino saltando por encima de sus mandatos y voluntad. Así lo enseñó abiertamente el mismo Pallavicino, italiano de nación, de profesión religioso jesuita, y por su dignidad Cardenal, á quien nadie, por ahora, ha tildado de historiador regalista, y por ende enemigo de los Papas y la Iglesia ¹. Al fin se concluyó la paz y el Papa salió libre secretamente de Roma, y por dicha nuestra, escoltado en debida forma por las tropas españoles. Así lo escribía Lope de Soria desde Mirándola, al Secretario mayor y del Consejo de Su Majestad, Sr. Juan de Alemán, diciendo: «Porque de Roma y Nápoles habrán avisado á Su Majestad de la liberacion del Papa y todo lo demas... todavia dire lo que á mi me han escrito los señores Principe de Orange y Alarcon y el secretario Perez á los X del mes pasado. Dicen que á los VI de Diciembre dieron libertad al Papa y le entregaron el castillo de Santangelo y á los VII se partió bien secretamente *acompañado de algunos caballos é infantes españoles*, y fué á Urbieto, adonde hasta agora dicen que está... Mr. de Lautreque está dentro de Boloña con la mayor parte de su exercito y ha tomado á su mano

¹ «Declárase en los preliminares que el Emperador había sabido con dolor la expedición realizada contra el Pontífice y la Ciudad de Roma, así como los demás ultrajes hechos á su Beatitud y á diferentes Cardenales y prelaños; que el ejército sin jefe, sin ley y sin más guía que su propia codicia, había cometido todos aquellos atentados, no sólo sin tener noticia de ello el Emperador, sino aun contra su voluntad, puesto que siempre tuvo la intención de respetar á Su Santidad como á Padre, y de venerarle como á Vicario de Jesucristo. Que en consecuencia, tan luego como llegaron á sus oídos estos excesos, había dado orden para reprimirlos en cuanto le fuera posible, reintegrando á la Sede Apostólica, no sólo en sus derechos espirituales, sino también temporales.» Pallavicino: lib. 2.º cap. XIV, tomo I, pág. 367 de la edición ya citada.

el palacio y las puertas de la ciudad y de continuo están en armas sus gentes con los de la ciudad y hacen tales obras los franceses que en verdad ya son tenidos los nuestros por sanctos» ¹.

Por lo demás los soldados heterodoxos continuaron aún en Roma repitiendo á cada instante sus atentados y desmanes. Por eso en 28 de Enero de 1528 Alonso Sánchez, dirigiéndose al Emperador, se expresaba así:... «Los alemanes del ejército están todavía en sus desórdenes y dicen aquí que se han quedado en Roma haciendo mil males y rescatando muchas casas, y que las que no se quieren componer las queman, y que piden de nuevo no sé que pagas» ². Por lo demás tampoco se ha de creer que los italianos permaneciesen resignados entonces á su mala suerte; pues el secretario Pérez lo significó al Emperador desde Nápoles dándole cuenta de la salida del ejército de Roma, y añadiendo: «A los XVII de Hebrero se partió todo el exercito cesareo para este reino.... yo me vine con el exercito por venir seguro... y según las crueldades que se han hecho en Roma en españoles y alemanes así de la gente del Abbad de Varfa como de algunos romanos: no me pesa haberme venido» ³. E igual-

¹ Fechóse esta carta en 2 de Enero de 1528. Col. Sal. *Memorias*, página 346.

² Fué enviada desde Venecia en el dicho mes. Col. Sal. *Memorias*, pág. 366. Ya el susodicho autor italiano de las tres oraciones fúnebres se hizo cargo de las acusaciones que entonces movió la envidia contra nuestro D. Carlos V, acerca de este punto, y responde: «Tam ne igitur temerarium et iniquum facimus súbitum atque insperatum prudentissimi et sanctissimi imperatoris consilio fauctum esse quis autmet? Quod si italiae dominatum appetebat, si regnandi causa Julii Cesaris exemplo peccandum putabat, cur urbem non retinuit? Cur milites evocavit? Cur Pontifici damni facti recipit? Quamquam obtrectatoribus nulla unquam deest calumniandi ansa, quorum mens invidia os maledictione plenum est. Viperani Laudat. fol 8 vto. Perussiae 1570. O lo que es igual; que por cuanto el Emperador no quiso conservar la ciudad de Roma y demás conquistas hechas en los estados de la Iglesia, retiró de allí el ejército y dió satisfacción al Pontífice, resulta á lo menos por modo indirecto que ni ordenó aquella iniquísima jornada contra la Ciudad eterna, ni le movían deseos de dominio universal cual otro César, como le echan en rostro la maledicencia y la calumnia venenosa.

³ Ofrece esta carta la fecha del 6 de Marzo del dicho año 1528. Col. Sal. A. 42.— *Memorias*, pag. 383.

mente en 26 del mismo mes, se expresaba en estos términos el dicho secretario: «...pésame no estar en la corte de Su Santidad para poder hacer lo que Vuestra Majestad me envía á mandar agora... que desde aquí puédesse mal negociar aquello, porque de XX cartas que se escriben a Orbioto, donde Su Santidad está se pierden las XIX y allá no hay quien en ello entienda: y así será forzado esperar á que yo pueda ir seguro, que al presente mal aparejo hay, que no puede pasar de aquí á Roma ni de Roma á Orbioto español que no sea muerto, y en Roma no se puede estar seguro y en Orbioto me dicen que son muy mal tratados todos, aunque de Su Santidad no sería maltratado ninguno que allí estuviese por Vuestra Majestad; mas de los demás estaría en peligro según lo que de allí se ha escripto y escribe siempre, y á esta causa yo me vine aquí.»¹

De todo lo dicho en los documentos transcritos y autoridades citadas, se infiere claro cómo la *Nueva Luz* no anda fuera de camino, cuando apoyada en testimonio de autores graves de aquella centuria enseña que el Emperador D. Carlos V estuvo inocente del saco de Roma; que lloró con dolor tan deplorable empresa, más ó ménos exagerada por los enemigos de España y los poetas; y finalmente, que los desmanes y atentados que yo condeno y detesto como el que más, fueron en la mayor parte llevados á cabo por la soldadesca protestante impulsada y dirigida por el espíritu de secta y herejía, enemiga implacable de los Papas.

¹ El Secretario Pérez al Emperador.—*Memorias*, pag. 383 y 384.



APENDICE DESCRIPTIVO DEL MONASTERIO DEL ESCORIAL.

PARECE procedente ahora, por vía de apéndice muy provechoso y útil á los admiradores de Felipe II y de las artes, traer á la memoria y describir aquel su gigantesco *Monasterio del Escorial*, por ser monumento incomparable, la octava maravilla del mundo. Hélo aquí á grandes rasgos dibujado. Rodéanle la

LONJA Y LOS JARDINES.

I.

Aquella por el Norte y Poniente, con suelo adornado de hiladas de piedra berroqueña, cercado al todo fuerte antepecho de la propia materia separado de los muros 130 piés por el Norte, y 196 por el Poniente. Entrase allí por nueve aberturas provistas de pilastras con sus bolas, y cerradas con gruesas cadenas. El pedestal es una grada que ofrece asiento al viajero. Las casas de Oficios, de Infantes y la Reina son como muros guardadores de esta gran plaza. Al Oriente y Mediodía, colocados sobre bóvedas y pilastras, véanse muy severos y lindos jardines ó pensiles, regados por doce fuentes ó surtidores de buen gusto.